



MADARIAGA ORBEA, Juan

Azpeitia: gizartea, kultura eta pentsamoldeak = Azpeitia: sociedad, cultura y mentalidades

Azpeitia: Azpeitiko Udala, 2010.
425 or. + 1 CD-ROM : ir. ; 21 cm.
ISBN: 978-84-921844-6-0

Con motivo de la conmemoración del 700 aniversario de la concesión de la carta puebla a la localidad guipuzcoana del valle de Iraurgi, el Ayuntamiento de Azpeitia viene desempeñando una feliz iniciativa consistente en recuperar y divulgar la historia de la villa a través de la publicación de siete volúmenes, coordinados por Juan Madariaga Orbea, y encomendados a diferentes autores, que vienen abordando el cometido desde sus respectivas especialidades y prismas metodológicos. El propio Juan Madariaga ha sido el encargado de dar a las prensas *Azpeitia, sociedad, cultura y mentalidades = Azpeitia, gizartea, kultura eta pentsamoldeak*, que, como toda la colección, se presenta en edición bilingüe, euskera y castellano. Centraremos nuestra reseña en esta obra, en la que Madariaga, uno de los máximos especialistas en Historia de las mentalidades, Historia cultural e Historia social del ámbito vasco, ha desplegado todo su saber aplicado a Azpeitia. El título muestra las tres líneas metodológicas que guían la obra, aunque debiera de haber acompañado también una cierta acotación temporal, pues abarca una cronología comprendida entre 1640 y 1840. Se trata de un período lo suficientemente amplio a través del cual se ofrece un pormenorizado análisis del Antiguo y Nuevo régimen, y el tránsito entre uno y otro, observando la evolución de la Historia social, cultural y mental azpeitiarra. El libro, lejos de ser un estudio local, interesa a todo interesado por este período, pues tanto su estructura como sus conclusiones pueden servir para comprender realidades similares atestiguadas en cualquier población del entorno rural de los valles interiores de la vertiente atlántica vasca.

La metodología empleada todavía no ha sido suficientemente utilizada en los estudios locales de Euskal Herria, de ahí la singularidad y valor de esta obra. Madariaga se esfuerza por adentrarse en caminos complejos y sitúa su análisis historiográfico en medio de algunos problemas teóricos relevantes, no solo con respecto a la ya apuntada Historia social, de las mentalidades y de la cultura, sino también en lo que concierne a la propia Historia política e institucional del País Vasco en general y de Gipuzkoa en particular. Escudriña así en los modos de pensar, de sentir, de imaginar y de actuar de los azpeitiarras, en un sugestivo esfuerzo interdisciplinar que le lleva a aprovecharse de técnicas historiográficas complementarias.

Analicemos el contenido del libro siguiendo sus capítulos. El primero se dedica a realizar una descripción de la organización social de Azpeitia, donde se describen los rasgos fundamentales de la sociedad tradicional barroca, la irrupción del racionalismo ilustrado y el comienzo de la sociedad liberal burguesa nacida al albur de la industrialización y de la crisis foral. Y se abordan, más específicamente, aspectos como la movilidad social, las expresiones y formas de organizar la solidaridad humana y la fraternidad, el auzolan y las cofradías. Este capítulo resulta de extraordinaria factura, aunque no vamos a ocultar que nos hubiera gustado que lo hubiese ampliado con un análisis sobre los posibles momentos conflictivos en la relación entre Azpeitia y Azkoitia existentes a lo largo de la historia, como también a las etapas de acercamiento y de colaboración mutua.

Dedica el segundo capítulo a la importancia del estatus social, con un concienzudo estudio sobre las jerarquizaciones sociales y el mercado matrimonial, conducente a mantener el estatus que siguió a cada individuo hasta la muerte.

Pero, como venimos advirtiendo, la Historia social no se disocia en esta obra –ni en otras de su autoría– de la Historia de las mentalidades; sólo así ésta contribuye a la explicación de la actividad humana en el pasado. Madariaga se muestra, así, como un auténtico historiador social de las mentalidades. Y con esta percepción aborda ya el tercero de los capítulos, dedicado a los nombres de los *azpeitiarras*. Analiza la antroponimia local advirtiendo la influencia que han tenido los nombres de las devociones locales, singularmente el nombre de Ignacio –por la proyección del culto al hijo de Loiola durante el siglo XVIII–. También se ocupa de la riqueza y vitalidad de los apodos.

Madariaga, que ya había trabajado muy meritoriamente diferentes aspectos relacionados con la religiosidad popular de la contrarreforma, vuelve sobre el tema en el cuarto capítulo, donde analiza los comportamientos religiosos operados en la villa desde el siglo XVII. Es este un campo en el que los *azpeitiarras* apenas experimentaron grandes cambios hasta las postrimerías del siglo XIX. Son diversas las expresiones de piedad popular y creencias analizadas: la salud y la muerte, los ritos para salvaguardar cosechas ante posibles plagas, sequías o tormentas, etc.

El quinto capítulo se dedica al riguroso control de la sociedad por parte de las autoridades eclesíásticas y civiles locales, salvaguardadoras de la moralidad pública y privada, cuando no eran los propios convecinos quienes también actuaban como denunciadores de conductas inapropiadas. Aquella mentalidad barroca, restrictiva hasta el extremo, estaba obsesionada por la sexualidad y propugnaba la necesidad de mantener la ortodoxia del matrimonio tridentino, de ahí que afloren constantemente en la documentación cuestiones relativas al amancebamiento y al adulterio. Los archivos también ofrecen interesantes datos relativos a la vagancia y, relacionado con ella, a la inasistencia a los oficios religiosos en la parroquia, hecho al que el Ayuntamiento aplicaba la correspondiente sanción prevista en las Ordenanzas municipales, cuyo cumplimiento era observado por alcaldes, concejales y alguaciles. Madariaga también dedica un apartado a la ejemplaridad de las penas judiciales, entre las que centra su atención, sobre todo, en la pena capital. Pero aquí no se limita a describir las formas y contenidos de la represión social, sino que analiza las causas del rigorismo operado desde el comienzo del siglo XVIII, centradas, sobre todo, en la predicación de los eclesíásticos a través de las misiones populares que se dieron en Azpeitia y otros entornos rurales. No aborda, sin embargo, un “clásico” en este campo, la represión de la fiesta y de la danza en el XVIII, sobre las que tanto se ha escrito en Euskal Herria, quizás porque la documentación de Azpeitia no ofrezca datos sobre el particular.

Son conocidos los estudios modélicos que Madariaga viene desarrollando sobre las actitudes y comportamientos ante la muerte en Vasconia, y los ritos consiguientes. En esta monografía sobre Azpeitia no podía faltar un capítulo dedicado al tema, el sexto, donde nuestro autor despliega todo su saber aplicado a los riquísimos datos archivísticos y de otra índole que ha ido acopiando.

Una de las últimas líneas de investigación cultivada por Juan Madariaga es la referida al papel de la lengua en la configuración del imaginario social del pueblo vasco. A ello dedica también el capítulo séptimo, donde describe la situación socio-lingüística de la villa y la percepción lingüística que tienen los *azpeitiarras* en torno al euskera y a otros idiomas minoritarios en el valle de Iraurgi. La población de época barroca y del comienzo de la contemporaneidad es, fundamentalmente, monolingüe vasca. Los procesos judiciales y la documentación notarial han sido las fuentes principales de las que los historiadores del euskera se han valido para analizar la evolución de la lengua, singularmente en las zonas donde ésta ha sufrido una regresión e, incluso, desaparición, de ahí que no hayan sido tan utilizados en zonas netamente euskaldunas. Sin embargo, estas fuentes han servido a Madariaga para estimar el porcentaje de monolingües euskaldunes, analizando el número de los declarantes a los que había que traducir al euskera las escrituras redactadas en castellano

antes de proceder a la firma correspondiente. En el período estudiado, ha estimado que entre el 80 y 85 % de la población azpeitiarra solo sabía hablar euskera, y que entre el 10 y 15 % era bilingüe, y únicamente un 5 % era monolingüe castellana.

En el octavo capítulo se acerca a la iconografía popular que decoraba los hogares de la villa. No se trata de una descripción elaborada desde el prisma de la Historia del Arte, pues desarrolla un método más preciso para interpretar socialmente las imágenes, ya que estas forman parte del contexto social que las produjo, y es cometido del historiador reconocer ese contexto e integrar la imagen en él. En este sentido, las representaciones iconográficas son analizadas por Madariaga como expresión de la mentalidad dominante.

Los dos últimos capítulos los dedica al mundo intelectual, la alfabetización y la lectura. Azpeitia muestra, en general, un panorama intelectual bastante pobre, sin grandes figuras que descuellen en las letras ni en las ciencias, y con una masa de población que tuvo un lentísimo acceso a la cultura escrita a través de un proceso de alfabetización que es analizado con detalle. Esta realidad contrasta con la de las bibliotecas de los siglos precedentes, pues sus fondos eran, durante el XVI y principios del XVII, de gran calidad y especialización, sobre todo en lo concerniente a temas religiosos, jurídicos y médicos. Desde entonces, curiosamente, existe un descenso en el número y calidad de las obras. Las bibliotecas más importantes de Azpeitia correspondían a los jesuitas, dominicos y agustinos. Existían también bibliotecas particulares, pertenecientes generalmente a eclesiásticos seculares, nobles, abogados, médicos y burgueses. El grueso de la población, como queda dicho, estaba alejado de la alfabetización. Consciente de los vacíos que existen en este campo de investigación, Madariaga aborda la tarea de responder a la pregunta de cómo y qué se leía en Azpeitia. Centra su mirada en los lectores, en sus prácticas y en cómo se configuran las bibliotecas.

El libro carece de un apartado conclusivo, y se cierra con el elenco de fuentes y bibliografía utilizadas, y con un apéndice final. Cabe advertir aquí que un estudio metodológicamente tan bien trabado huye de construir una mera teorización a partir de los datos históricos conocidos sobre Azpeitia, y fundamenta sus aseveraciones en la investigación archivística directa, utilizando la cuantiosa información existente en los Archivos Municipal de Azpeitia, Histórico Diocesano de San Sebastián, General de Gipuzkoa, Protocolos históricos de Gipuzkoa, Diocesano de Pamplona, y de la Real Cancillería de Valladolid. En cuanto a la bibliografía utilizada, la obra es abundante en citas de gran valor. Madariaga realiza un auténtico despliegue de su particular captación de las aportaciones historiográficas más notables en la Historia cultural y de las mentalidades. Centrándonos en la historiografía vasca, se echa en falta una mirada más amplia a otros títulos sobre las materias abordadas, que hubieran enriquecido el texto a través de una perspectiva comparativa de la realidad azpeitiarra con otras realidades del País. Esto se constata sobre todo en algunos aspectos, como el relativo los nombres hagiográficos de las personas y los apodos, a las testificaciones en euskera en los procesos judiciales y documentos notariales, el matrimonio, las bibliotecas y la lectura, la educación, o la pena de muerte, por citar algunos de los más significativos. El apéndice final se compone de seis documentos, cuatro transcripciones y dos tablas, muestra elocuente de la minuciosidad y cariño con la que Juan Madariaga trabaja sus temas.

En suma, estamos ante una obra que contribuye a desentrañar la historia más personal de Azpeitia entre el barroco y la contemporaneidad, y que sirve además de modelo teórico y metodológico para desarrollar cualquier estudio de naturaleza análoga. Que cunda el ejemplo.

Roldán Jimeno